

Encuesta sobre la revista *Sur*

1. Creo que desde el comienzo se pudo hablar de una cierta petulancia de *Sur*, de una soberbia cultural más o menos explicable que le venía del prestigio de sus colaboradores, de la voracidad empeñosa con que sus lectores más consecuentes la veían crecer, metro a metro, sobre las tablas de sus bibliotecas, como ese cadáver que comienza a monopolizar escenario en la obra de Ionesco. Creo que fue vivida por muchos –y este error de ponderación entorpeció o exageró en forma simultánea los juicios positivos y los adversos– como un fenómeno inusual y solitario en un territorio signado (o condenado) por los esfuerzos de corto aliento. Con todas sus virtudes y todos sus defectos, *Sur* no fue, afortunadamente un hecho aislado en el contexto de la cultura argentina. Quiero decir, para poner las cosas en sus justas proporciones, que *Sur* nació y se desarrolló en un medio en el que ya existía una tradición revisteril notoria, y en el que habíamos asistido a varias experiencias de indudable interés cultural, como lo fueron, desde diferentes perspectivas estéticas e ideológicas, los casos de *El Mercurio de América*, *La Biblioteca*, *Nosotros*, *Martín Fierro*, *Criterio* y *Síntesis*, para mencionar sólo los títulos que me parecen más conspicuos. Desde esta perspectiva *Sur* vino a sostener, con su aporte particular, una continuidad de lectura dentro de una tradición sólidamente arraigada, más que a llenar un vacío hipotético.

Quizá por esa misma razón le tocó padecer los vicios y las virtudes que caracterizaron a sus predecesoras y contemporáneas, y en ese sentido fue tan “iniciadora” y “original” –tan “americanista” o tan “extranjerizante”– como pudieron serlo en su momento *Nosotros* o *Martín Fierro*, con la ventaja subsidiaria, para las mencionadas, de que la primer trató de abarcar más coherentemente, en términos comparativos, la totalidad de la realidad cultural e histórico-social de su medio, y la segunda intentó, y consiguió en cierta medida, una mayor homogeneidad estética, un compromiso más sólido y convincente con las nuevas formulaciones y aventuras de su época.

Pienso que es necesario ver a *Sur* como una de las “objetivaciones culturales” de un fenómeno que readquiere particular vigor hacia fines de la década del 20. Me refiero, concretamente, al viejo conflicto que aquí y en Europa movilizó en forma recurrente la reflexión de ciertos intelectuales que meditaron sobre los contactos y las vinculaciones posibles entre la “naturalidad” americana y la “civilización” europea, sobre el signo y el destino respectivo de dos mundos entrevistados como paradójicamente disociados e integrables; conflicto que en nuestro medio alimentó con viveza un típico pensar sobre el Ser americano y sobre las dimensiones reales de nuestra capacidad o incapacidad creadora. Y creo que desde el punto de vista de este clima intelectual son sumamente elocuentes las imágenes de frustración europea anticipadas por el *Raucho* de Güiraldes y los textos que escribían hacia 1930 autores como Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Borges, Erro, Virasoro, etc.

Sabemos que *Sur* no fue ajena a los requerimientos del Waldo Frank de *Redescubrimiento de América*, como tampoco lo fue al pensamiento de Ortega y Gasset sobre estas cuestiones, o a esa sutilísima mezcla de diplomacia y sinceridad con que Paul Valéry aspiraba a que una América más cuerda, más libre, más esperanzada, “recogiese” lo mejor de la obra europea. A ese espíritu de “redescubrimiento” y a ese “crédito” un tanto dudoso que nos otorgaba la inteligencia europea, y también a la conciencia más o menos nítida de nuestro epigonismo cultural, obedece en gran medida la fundación de la revista, y su propósito confesado de llevar a cabo un proyecto dirigido y creado “para y por América Latina”.

Creo que a partir de este interesante principio de política cultural los resultados fueron menos famosos, pero también menos detestables, en su conjunto, que lo que suele afirmarse sin tener presente lo mucho que nos aportó esa compacta montaña de papel impreso que fue *Sur*. Creo, sí, que la idea “neoclásica” de la cultura ecuménica y la tesis (digamos kantiana) de la “universalidad del gusto” trabajaron conspirativamente contra la potencial dimensión “americanista” del proyecto inicial, reduciéndolo a las proporciones más modestas y menos generosas que concluyó por tener.

Pesó demasiado un acomplejado pensar en el modelo europeo como civilización dispensadora del ser de *todas* las culturas y como entelequia a conseguir. Pesaron desmesuradamente, aunque se trataba por cierto de tentaciones demasiado seductoras para eludir las con facilidad, los modelos *Bloomsbury*, *Nouvelle Revue Française*, *Revista de Occidente*, *Times Literary Supplement*, *Adelphi*, *The Seven Arts*, para que las cosas tomasen otro color, especialmente el provincianísimo “color local”.

Y no podía ser de otra manera, porque desde el punto de vista de su formación y de sus gastos más profundos Victoria Ocampo fue siempre honesta y tuvo la suprema cortesía de ahorrarnos falsificaciones y sorpresas. Sin embargo creo que es totalmente correcto objetarle que demasiado empeñada en acercarnos al “nivel” de Henry James –dentro del previsible modelo de la *high culture* liberal– olvidase acercarnos también, a través de su revista, al viejo nivel de autonomía y grandeza creativa, o de típico sincretismo americano, del que son testimonio el *Popol-Vuh*, las ruinas de Palenque y Macchu Pichu, la arquitectura barroca de México, Quito, Cuzco, Ouro Preto, Popayán, Guayaquil, Córdoba, Oaxaca y Lima, los múltiples y ricos ejemplos de vitalidad que ofrece la cultura popular del Continente desde los días de la Conquista.

2. Alguien dijo alguna vez, exagerando las cosas, que no haría falta consultar las colecciones de *Sur* para escribir la historia de nuestra literatura. Personalmente las he consultado con provecho tantas veces como me fue necesario para reconstruir por lo menos una de las líneas de la literatura argentina; línea que *Sur* contribuyó a promocionar eficientemente desde sus comienzos y que por cierto no es la menos notoria, si pensamos en los nombres de Borges, Mallea, Bioy Casares, Martínez Estrada, Mastroianni, etc. Creo, igualmente, que es hasta curiosa la aparente incapacidad de *Sur*, tan ecléctica y por lo general de olfato tan fino, para integrar de manera más coherente y totalizadora esa literatura, para verla desde una perspectiva menos caprichosa.

Creo, por ejemplo, que es singularmente asombroso que *Sur* haya cometido la imprudencia de omitir, más allá de algún comentario circunstancial y de alguna necrología obligatoria, la consideración seria de escritores rioplatenses como Arlt, Quiroga, Lugones, Gálvez, Lynch y Armando Discépolo, o que en el plano hispanoamericano haya brindado la debida atención a Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Octavio Paz, pero simultáneamente haya prestado nulo o escaso lugar a escritores y pensadores representativos como Ciro Alegría, José María Arguedas, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Jorge Icaza, José C. Mariátegui, Juan Rulfo, César Vallejo, José Vasconcelos, etc.

3. Dentro de su línea, que no difiere de la línea “traductora” de la mayoría de las editoriales argentinas contemporáneas, es evidente que *Sur* promovió con firmeza el conocimiento de algunos autores significativos y de ciertos libros básicos de la literatura europea posterior a los años 30. Pienso concretamente en las obras de Forster, Huxley, Beckett, Musil, Wolf y Camus, pero no puedo olvidar también cierta tendencia “miscelánea”, cierta insistencia en la obra marginal, que quizá se debió a prioridades en el uso de derechos pero que termina por resultarme molesta: el *Mea Culpa*, de Céline en lugar de *Viaje hasta el fin de la noche*, o *El existencialismo es un humanismo*, de Sartre, en vez de *El ser y la nada*, o *La novela de una novela*, de Mann, a cambio de *Doktor Faustus*.

También es cierto que *Sur* trató de estar al día, y a esa determinación debemos el acercamiento temprano a libros de Pavese, Genet, Kerouac, Nabokov, Quasimodo, Goytisolo, Osborne, Beckett, Mailer, Thomas, etc.; y de paso otro reconocimiento leal: *Sur* tradujo mucho (quizás demasiado), pero tuvo el buen criterio de entregarnos excelentes traducciones, verdaderas traducciones literarias que recordamos con nostalgia cuando debemos atragantarnos con esas tergiversaciones abominables que suelen perpetrar las editoriales españolas.

¿Influencias directas en mi formación cultural? Mi formación cultural es tan heterogénea, y caótica que bien puede computar algunas lecturas fundamentales proporcionadas por *Sur*; pero mi memoria de lector no suele remitirme, cuando pienso en ciertos nombres, a la pequeña flecha invertida de *Sur*.

